

ENTRE AZAHARES

Crema Catalana

En la actualidad una máxima que no dejamos de oír día tras día es que “viajar está al alcance de cualquier bolsillo”. Las grandes compañías aéreas han desdoblado su negocio y creado líneas alternativas de bajo coste, más conocidas como “low cost”. También disfrutamos de líneas ferroviarias de alta velocidad que compiten estrechamente con el avión, medio veloz por excelencia. Es decir, ha aumentado la oferta, es más económica y además, llegamos a nuestros destinos cada vez más rápido.

Así que este fin de semana podemos contratar un viaje romántico a París, uno de aventuras a Noruega, uno cultural a Praga, etcétera. Todo ello a través de un buscador de internet que además comparará para nosotros los precios de cada aerolínea y los horarios.

Considero que el progreso es bueno pero temo que estemos perdiendo la esencia de las cosas, la autenticidad. En los bancos ya no atienden apenas personas, todo lo podemos realizar a través de cajeros automáticos. La compra podemos hacerla desde casa sin movernos. Pedir comida preparada y recibirla caliente y lista para servir. ¿No estaremos malbaratando nuestras vidas? ¿No estaremos dejando escapar el placer de disfrutar de las cosas sin prisa, saboreándolas?

Hace no tantos años mi abuela, por ejemplo, tan solo hizo un viaje. El que la trajo desde su pueblo natal en Aragón a Cataluña para trabajar siendo todavía una niña de catorce años. Dejó atrás a su familia, sus amigos y su vida para iniciar otra totalmente nueva en un lugar ajeno y extraño para ella. Sacó

fuerzas y a pesar de las dificultades salió adelante y recuerda esos años con ternura y nostalgia. Mi abuelo no llegó a salir nunca de su pueblo, mi hogar. Sin embargo, yo, a mis quince años, puedo decir que he viajado a diferentes ciudades de Europa. Y cada viaje lo he documentado, cómo no, en mis redes sociales. Porque cuando viajamos, muchas veces ya no observamos con nuestros ojos ni retenemos en nuestra retina. Perdemos el momento y preferimos inmortalizarlo en una gran ráfaga de fotos para después elegir la mejor y la más bonita y colgarla en Instagram.

Ante esto, muchas veces me había preguntado ¿hay algún lugar al que siempre he deseado ir? ¿He visitado suficientemente mi país, conozco sus fantásticos entornos?

MI SUEÑO TOMA FORMA

Esta pregunta me trasladó a mi infancia más temprana. Unos tacones de mi madre y una flor en la cabeza. Delante del espejo intentando imitar los movimientos de esa prima de mi padre que nos había mandado una foto de ella en la Feria de Sevilla. Se la veía tan feliz, sonriendo y con un traje de faralaes espectacular, con sus brazos extendidos y sus dedos formando unos preciosos caracoles que parecían querer unirse a las palmas de sus manos.

Le pedí a mi padre que me contara más, que me hablara de esa fiesta, de esas gentes y de esa familia que no conocía.

Año tras año fue creciendo en mí la curiosidad y un gusanillo desconocido que hacía que cada vez que se hablaba de Sevilla mi mente entrara en una ensoñación.

La había imaginado de mil maneras y en todas ellas predominaban el olor a azahar y los destellos del sol en los adoquines de sus calles.

Cada verano decidíamos nuestro viaje anual en familia. En Sevilla el verano es una época excesivamente calurosa y mejor viajar a otros lugares. Siempre nos decíamos que Sevilla está cerca, está aquí en nuestro país y que podríamos ir cualquier fin de semana.

Pero pasó el tiempo y nunca encontramos el momento. Siempre aparecían otros destinos más apetecibles. Pero en mi mente infantil cada vez idealizaba más y más esa ciudad que estaba aquí mismo, tan cerca y a la vez, tan lejos. Mi fascinación aumentó todavía más al tener la posibilidad de conocer a la familia de mi padre, a esa prima que bailaba rodeada de felicidad y fiesta. Me contó lo fastuosa que luce la Giralda en la puesta de sol. Me transmitió con sus palabras la luz y el olor de las flores, tanto que pude llegar a verlo y sentirlo.

UNA GRAN DECISIÓN

Y por fin, tomé la decisión que tanto tiempo había ido posponiendo. Hacer un viaje, prepararlo durante meses, disfrutarlo desde el primer momento. Paladear cada preparativo, cada charla con mi prima. Preguntarle a qué lugares me llevaría, si la primavera en Sevilla es tan espléndida como me había imaginado.

Al poco tiempo de decirle que iría a conocer su ciudad, me envió unos vestidos como el que ella llevaba puesto en esa foto que guardo con tanto cariño. Mi amiga Silvia me los arregló para que pudiese lucirlos en la Feria, porque sí, por fin conocería el entorno que en esa fotografía de mi prima tanto me sedujo y tanto hizo volar mi imaginación.

Cada día al acostarme pensaba en ese viaje, en cómo sería y disfrutaba viéndome vestida con mi traje de faralaes recorriendo los adoquines sevillanos.

LOS PREPARATIVOS

Ya en ese instante empezó el viaje. Planificar lo que me llevaría en la maleta y mirar qué tiempo haría era lo que más ilusión me hacía. Todavía faltaban unas cuantas semanas, aun así mis nervios estaban a flor de piel y no podía resistirme a la tentación de imaginar cómo sería mi estancia en Sevilla. Cada vez que salía a la calle para comprar no podía resistirme a coger ropa o accesorios que una vez allí me pondría. El viaje estaba previsto para primavera y esa iba a ser la primera Feria de Abril de muchas.

El tiempo pasó despacio pero como dicen las abuelas, todo llega. Así que me encontré a dos días de mi viaje y ya lo tenía todo listo. Siempre he sido una persona muy previsor.

Revisé mi lista y comprobé que todo lo que tenía previsto llevarme estuviera dentro de la maleta. Lo más importante era mi vestido de gitana de color verde esperanza con lunares negros y un escote en forma de pico, arrapado y largo hasta los tobillos, con volantes en la parte baja de la falda. Cómo me gusta levantar la pierna y ver el movimiento de esos volantes y cómo caen hacia mis pies. Durante este tiempo había tomado clases de sevillanas en una academia para poder disfrutar al máximo de todo lo que la Feria de Abril podía ofrecerme. Tal como mi prima me había recomendado, en mi maleta no podían faltar las zapatillas de esparto y en cuña. En la Feria íbamos a pasar muchas horas de pie y necesitaba un zapato cómodo. Desde luego, la experiencia es un grado y mi prima en esto de la Feria es una experta.

Por otra parte, me llevé ropa y complementos que suelo llevar en cualquier viaje.

EL TRAYECTO

Eran las cinco de la tarde y temblaba como un flan. Estaba a punto de subir por fin al tren e iniciar mi gran sueño. Pero antes faltaba un paso primordial, pasar el control de viajeros de la Estación de Sants de Barcelona. Una larga cola de personas esperaban su turno y justo tras de mí una anciana muy agradable me preguntó mi destino. Al decirle que iba a Sevilla sus ojos se iluminaron y empezó a explicarme una bonita historia sobre su primer viaje a esa ciudad. Consiguió contagiarme su entusiasmo y calmó mis nervios.

Ya en mi vagón busqué el asiento que tenía asignado justo al lado de la ventana. Así podría disfrutar de los magníficos paisajes de este país lleno de contrastes. Iba a recorrerlo de norte a sur y debía fijar en mi retina toda la belleza de ese camino.

Tarragona y su paisaje mediterráneo, Lleida y Zaragoza, lugares más de secano con anchas y áridas planicies. Los campos de Castilla-La Mancha, parada en Puertollano y de pronto una luz diferente al entrar en la estación de Santa Justa en mi ansiada Sevilla. Lo primero que llegó a mí fue su aroma a azahar y a la cera de las Hermandades sevillanas de Semana Santa.

BITÁCORA

Mi prima vive en Paradas, una población a 45 Km de la capital. Vino a recogerme a la estación y como llegué ya de noche nos fuimos a su casa a dormir. Al despertar y salir a la calle, me llamaron muchísimo la atención las casas unifamiliares de fachada de cal blanca y con unas ventanas a las que se llama cierros. Muy cerca de donde vive, se encuentra la iglesia de Paradas, la de San Eutropio, famosa por contar con un cuadro de El Greco, una preciosa Magdalena.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano. El día anterior pude ver gran parte de la ciudad a través de la ventanilla del coche y habían crecido aún más en mí las ganas de conocerla.

Dejamos el coche en el Prado y fuimos andando hacia la Plaza de España. En ella pude observar unos majestuosos edificios situados en el Parque de María Luisa. Se construyeron para la Exposición Iberoamericana del año 1929. El arquitecto Aníbal González ideó este conjunto monumental en forma semi-elíptica para simbolizar el abrazo entre las dos culturas, el abrazo que España da a América. Esta plaza es también muy conocida para los cinéfilos y son muchos los que acuden a ella por ser localización de importantes films: uno de los episodios de Star Wars, Laurence de Arabia o El Dictador, del cómico Sacha Baron Cohen.

Una de las grandes protagonistas de este monumento es la cerámica de Triana. Y también son muy conocidos sus 48 bancos, uno para cada provincia peninsular de España, Canarias y Baleares, menos la de Sevilla que no está representada. Y como buena turista, no pude contenerme y me hice la tradicional foto en el banco que corresponde a Barcelona. La plaza está dividida por un canal o ría por donde pasan diferentes embarcaciones a lo largo del día.

Después de un buen rato admirando esta plaza, paseamos por el Barrio de Santa Cruz y visitamos la placita de Doña Elvira. Una pequeña plaza con mucho encanto, donde en el siglo XVII se cree que hubo un antiguo corral de comedias. También cuenta la leyenda que allí estaba la casa de Don Gonzalo de Ulloa, padre de Doña Elvira, protagonista del "Don Juan Tenorio" de Zorrilla. Cuántas curiosidades he descubierto en este viaje. Cuántos detalles de lugares

que están tan próximos a mí, que forman parte de mi historia y que, sin embargo, desconozco por completo.

Desde allí nos dirigimos hacia la magnífica Catedral gótica de Sevilla, pasando después por la Universidad que fue una antigua fábrica de tabaco.

Recorrí las sacristías y la sala capitular de estilo renacentista de la catedral.

Accedimos a su famoso patio de los naranjos y dejamos para el final la torre de la Giralda, gran símbolo de Sevilla.

Eran tantos los lugares y había oído hablar tanto de ellos que verme allí, tocarlos, olerlos, me parecía un auténtico sueño hecho realidad.

Después nos acercamos a la popular calle Feria, con todo el sabor de la Sevilla antigua y repleta de comercios artesanales que sobreviven a los nuevos tiempos. Llegaba la hora de comer y nos dirigimos a una cantina al aire libre situada en el Mercado de esta misma calle y degustamos un excelente pescado frito, crujiente y sabroso, como nunca había probado. Más tarde nos fuimos a una calle paralela donde se encuentra la Bodeguita del "Múo", como se la conoce popularmente entre los sevillanos porque su camarero es... Mudo. Por la tarde visitamos el Barrio de Triana, un antiguo barrio de pescadores que hoy en día disfruta de una gran fama y se ha convertido en una zona muy cotizada de la ciudad. Llegamos hasta allí a través del famoso Puente de Triana. Entramos en varias tiendas de azulejos y compré uno de recuerdo para mis abuelas. A la hora de la cena nos decidimos por un bar de tapeo de la calle Betis. Mi prima me aconsejó acostarme temprano porque al día siguiente teníamos previsto ir a la Feria. En cuanto llegué a casa, lo primero que hice fue preparar el traje y los abalorios para la mañana siguiente. Estaba deseando

ponérmelos y lucirlos, mezclar mis dos identidades: la catalana de nacimiento y la andaluza que me corre por las venas.

MI DÍA EN LA FERIA

Me levanté casi de un salto y me vestí. La imagen que el espejo me devolvía era la de una muchachita quinceañera feliz, y por qué no decirlo, guapa y elegante.

Me subió la bilirrubina al entrar por la Portada del Real de la Feria, lugar de encuentro de los sevillanos para quedar. Lo que más me impresionó fue ver tan de cerca los coches de caballo y le pedí a mi prima si podía subir en uno de ellos. Una vez arriba me sentí una auténtica sevillana. La simpatía y el desparpajo de su gente hizo que me sintiera como en casa desde el primer momento.

Paseamos entre las casetas y después de estar en varias de ellas, entramos en una de las de la calle Gitanillo de Triana. Las guitarras sonaban y un coro de tres mujeres cantaban una de las sevillanas más populares. Cogí a mi prima de la mano y la llevé al centro de la caseta para bailar. Nunca antes me había sentido tan bien. La música, el olor a “pescaíto frito” y el “rebujito” (vino manzanilla mezclado con “Seven Up”) me impregnó de tal manera que las horas pasaron sin darme cuenta.

El colorido de los farolillos y los trajes de gitana, la música, la decoración de las casetas, todo lo que me rodeaba despertaba en mí una emoción indescriptible.

Mi deseo se había hecho realidad y no me sentía decepcionada en absoluto.

Lo que estaba viviendo era mucho más de lo que yo había imaginado, porque Sevilla y su Feria hay que pisarla, vivirla, disfrutarla y no dejar que únicamente te lo cuenten.

En ese momento decidí que los pocos días que me quedaban de mi estancia en Sevilla quería disfrutarlos en ese recinto mágico.

Le hice prometer a mi prima que volvería a invitarme a pasar más tiempo en esa ciudad que me había cautivado para siempre.

No quería que el tiempo pasara y tan solo esperaba impregnarme de cada olor, cada color, cada sensación y llevármelos de vuelta conmigo a casa.

Por las noches, al acostarnos, le pedía a mi prima que me explicara cómo era la Semana Santa. Con su voz y su maravillosa manera de contar las cosas, me transportaba a ese momento y con cada detalle que me explicaba, parecía estar viviéndolo. Hasta mi nariz llegaba el olor de la cera y a mis oídos, el sonido de los pasos sordos de las Hermandades.

También le pedí que me hablara del Rocío. Ese largo y arenoso camino que recorrían vestidos de peregrinos y a caballo, a pie o en carretas, incluso algunos en coches de caballo o “charrets”, bien provistos de bebida y manjares. Tras ese periplo, llegan a la ermita para poder ver a su Virgen conocida también como la “Blanca Paloma”.

FIN DE UN SUEÑO CUMPLIDO

Mi viaje llegaba a su fin y había dejado demasiadas cosas en el tintero. No puedo estar más agradecida a mi prima por ejercer para mí de “cicerone” ejemplar. Es una sevillana de los pies a la cabeza, orgullosa de su ciudad y conocedora de todo lo que representa, de su historia, su cultura y lo que en ella acontece. Pero como ella misma me dijo, anhelosa también de venir un día a Barcelona, al pequeño pueblo de la costa donde yo vivo, y conocerlos. La mejor forma de viajar y adentrarse de verdad en el lugar, es hacerlo de la mano

de quien mejor lo conoce, quienes lo viven, lo disfrutan y también lo sufren, a diario.

Quiero en mi vida más viajes, pero viajes de verdad, intensos, para los que falten horas en el reloj. No quiero solo visitar lugares, quiero sumergirme en ellos, en sus gentes, en sus entrañas y llenarme de todo lo que me enseñan, aprehender cada uno de sus rincones y hacerlos míos, para siempre.

Guardarlos en mi alma y cuando cierre los ojos, antes de dormir, volver a visitarlos y vivirlos con fruición.

No quiero más viajes vacíos de contenido pero llenos de fotos y “souvenirs”. A partir de ahora, cada viaje será especial y se convertirá en una lección de vida. Gracias a Sevilla, a esa ilusión de la infancia que he podido hacer realidad, ahora incorporaré no solo a mis viajes, sino a mi vida en general, el disfrute de cada minuto, de cada momento... Porque lo efímero pasa pero si lo sabemos vivir dejará un poso muy valioso en nosotros.

Sevilla se ha convertido en mi Itaca particular, donde no importa el destino, el llegar, sino el recorrido y las experiencias que voy a acumular. No puedo estar más agradecida.

A partir de mañana, prepararé mi próximo viaje. ¿Destino? No importa. El dónde es lo de menos, lo importante será cada nuevo día, la ilusión y la esperanza.